

INTERVENCIÓN DEL DOCTOR ENRIQUE FERNÁNDEZ FASSNACHT, DIRECTOR GENERAL TECNOLÓGICO NACIONAL DE MÉXICO, EN LA RECEPCIÓN DEL PREMIO ANUIES 2020, EN LA CATEGORÍA DE TRAYECTORIA PROFESIONAL EN EDUCACIÓN SUPERIOR Y CONTRIBUCIÓN A SU DESARROLLO. 12 DE NOVIEMBRE DE 2020.

Saludo a todos los asistentes a esta ceremonia.

Quiero, para comenzar mi intervención, decirles que me siento muy honrado por este reconocimiento y también por recibirlo junto con otras personas que hacen aportaciones destacadas a la educación superior.

Felicito, en ese sentido, a mis compañeros galardonados: a la doctora Ana Karen Soto Bernabé, ganadora de la categoría de tesis de doctorado con el trabajo “Carreras transicionales de profesores de tiempo parcial (PTP) en la educación superior privada”; a la maestra Iliana Viridiana Roa González, reconocida por su tesis de maestría intitulada “Los efectos del arte de gobernar: las trayectorias educativas y laborales de los primeros egresados de la Universidad Intercultural del Estado de Puebla”; así como a los doctores Oscar Roberto López Bonilla, Rafael Lara Martínez y Myrna Delfina López Noriega, a quienes hoy se les reconoce por sus innovaciones en la práctica docente.

Seguramente la labor que ustedes realizan desde sus trincheras contribuirá a mejorar la comprensión y a fortalecer las capacidades de transformación en este nivel educativo; y, por ello, celebro que hayan obtenido este merecido premio.

Estoy además convencido que la educación superior representa uno de los pilares más importantes para construir sociedades prósperas, equitativas y democráticas; y contribuir en esta tarea es uno de los privilegios más grandes que existen.

En cuanto a mi trayectoria, luego de la experiencia inicial como profesor e investigador, mi destino fue seguir una carrera en la coordinación y dirección de las funciones sustantivas universitarias, que me llevó a ocupar diferentes cargos en la UAM hasta convertirme, unas décadas después en su rector general, y luego también a dar impulso desde diferentes espacios de decisión, a interesantes proyectos como el de las Universidades Tecnológicas, las Universidades Politécnicas y actualmente el Tecnológico Nacional de México.

En las Politécnicas, incluso, fui el fundador y primer rector de la Politécnica de Altamira, que busqué con ahínco consolidar como una institución referente de ese subsistema.

También he enfrentado retos complicados pero estimulantes, como el de dirigir a la ANUIES, desde donde trabajé en la elaboración de mejores políticas públicas en la materia; o el de estar al frente del Instituto Politécnico Nacional en un momento sumamente complicado de su vida interna, que demandaba de mucha inteligencia y voluntad política entre las partes para reestablecer su normalidad académica.

Durante mi gestión en el Politécnico se construyeron los canales institucionales de diálogo con todos los actores, se cumplieron prácticamente todos los compromisos pactados con la comunidad estudiantil y se llevaron a cabo estrategias de largo aliento para apuntalar su quehacer institucional.

También he contribuido desde espacios poco comunes a la educación superior. Hace un par de años, como Director General de Participación Ciudadana para la Prevención Social de la Violencia y la Delincuencia, promoví la colaboración con diferentes instituciones de este nivel educativo para que contribuyeran en esta importante tarea de reconstrucción del tejido social.

Estoy consciente que corresponderá a otros determinar la importancia de mi contribución a la educación superior, pero puedo decir, con satisfacción, que desempeñé mi labor con una profunda convicción de cambio; que he sido muy afortunado al conocer, desde diferentes ópticas, prácticamente todos sus procesos, y que me siento orgulloso de haber construido, a lo largo de este periplo, una radiografía de los principales desafíos que enfrentará el sistema educativo en el futuro, de la cual les hablaré a continuación.

En primer lugar, aunque todas las instituciones de educación superior pueden apoyar al desarrollo regional y nacional, son las del régimen público las que han puesto en marcha, históricamente, las contribuciones más relevantes y las que requieren de medidas más profundas para garantizar su sustentabilidad.

En ese orden de ideas, se requiere que el financiamiento que reciben estas instituciones de parte del Estado sea suficiente y estable, para que puedan centrar su quehacer en la formación de profesionistas y científicos altamente capacitados, en la generación de conocimiento de frontera y en el impulso al desarrollo tecnológico que aporta soluciones a los problemas nacionales.

Como todos ustedes saben, el actual modelo de financiamiento tiene importantes carencias y efectos negativos: no brinda condiciones de certeza jurídica para destinar los recursos necesarios para abatir los rezagos más urgentes de las instituciones, no facilita la planeación de mediano y largo plazo, no estimula la corresponsabilidad de todos los actores involucrados y tampoco promueve la eficiencia, transparencia y rendición de cuentas en la aplicación de los recursos públicos.

Esto tiene repercusiones importantes en otros temas fundamentales para el desarrollo de la educación superior: contar con una oferta académica de calidad y pertinente, contribuir a un crecimiento ordenado y sostenido de la matrícula y garantizar que el mayor número posible de nuestros jóvenes, pero sobre todo que aquellos en condiciones de vulnerabilidad, puedan acceder, permanecer y terminar oportunamente sus estudios. Tener un

modelo de financiamiento más eficiente y eficaz es la condición necesaria para que la educación superior tenga un impacto definitivo en la sociedad mexicana.

Un segundo desafío es el referente a la calidad y la pertinencia. Las instituciones de educación superior deben ofrecer programas educativos, así como de investigación, que mantengan la rigurosidad académica, a la par que promueven habilidades y destrezas útiles para formar ciudadanos responsables y comprometidos socialmente que se inserten exitosamente en el mercado laboral, sobre todo para que estén en condiciones de contribuir a la resolución de problemas económicos y sociales de su entorno.

Para garantizar estos objetivos, debemos procurar que los diferentes componentes y procesos educativos funcionen adecuadamente y estén alineados entre sí. Por ello, es necesario transformar los mecanismos de evaluación de la actividad académica e institucional vigentes, para conformar un sistema que ponga de nueva cuenta a las comunidades académicas como participantes activos de la evaluación; que otorgue un peso fundamental a los resultados e impactos de nuestra labor en el desarrollo económico, social y cultural del país; y que pondere adecuadamente las diferencias entre subsistemas y las características del entorno local y regional de las instituciones.

También es fundamental revitalizar la carrera académica mediante el incremento gradual y sostenido de los salarios base de los académicos para que el ingreso económico dependa cada vez menos de becas y estímulos; así como el rediseño de incentivos para que se armonicen con el ciclo de vida de los investigadores; poner en marcha una estrategia nacional que combine la incorporación de investigadores jóvenes a nuestras instituciones con la generación de condiciones para el retiro digno de los más experimentados; y, finalmente, la renovación de nuestras políticas de promoción y permanencia, que fortalezcan los mecanismos de capacitación continua.

Como tercer desafío, me parece fundamental tener en cuenta que no existe una educación de calidad que no sea incluyente; por lo que debe estar disponible para el mayor número posible de nuestros jóvenes, porque sólo así podemos garantizar que nuestra contribución pueda tener un efecto de largo plazo en el bienestar de todos los mexicanos.

En ese sentido, se ha insistido mucho, y con razón, en la necesidad de acelerar la ampliación de la cobertura en educación superior, pero esta medida necesariamente debe ir acompañada de la mejora de las condiciones para que los estudiantes terminen oportunamente sus estudios para insertarse en el mercado laboral.

Esto implica abrir opciones para personas en condiciones desventajosas para continuar con sus estudios; robustecer las acciones de acompañamiento de los estudiantes; y fortalecer la infraestructura académica para que cuenten con todos los recursos para concluir con éxito su formación.!

La conjunción de estos tres elementos: recursos suficientes y sostenidos, mecanismos balanceados y constructivos de evaluación y la equidad como motor de la calidad, resultan fundamentales para consolidar el crecimiento del sistema de educación superior mexicano.

Por último, para articular estos componentes, debemos promover un nuevo diseño institucional que incentive una colaboración más productiva entre actores; y, también, nuevas políticas basadas en instrumentos más eficaces para el desarrollo de la educación superior, la ciencia, la tecnología y la innovación.

La tarea es compleja y requiere de voluntad política y muchos esfuerzos, pero tiene que comenzar cuanto antes. Por ello, me parece un primer paso muy adecuado que se esté discutiendo actualmente una propuesta de Ley General de Educación Superior que parte de la premisa de sumar el mayor número posible de voces y perspectivas.

Es claro que una Ley no resuelve, por sí sola, todos los aspectos de este sistema, pero puede establecer cimientos fundamentales.

También se debe tener presente que estos desafíos tienen un grado de complejidad aún mayor, como resultado de la difícil situación económica y social producto de la actual contingencia sanitaria.

Por un lado, la disminución de la gran mayoría de las actividades durante estos meses ha hecho crecer de forma notoria el riesgo de enfrentar una menor matriculación y una mayor deserción en educación superior en todos los hogares, pero principalmente en los más pobres, pues no todos los estudiantes cuentan con la infraestructura y las habilidades digitales suficientes para encarar adecuadamente esta nueva realidad.

Además, puesto que tampoco todos nuestros docentes tienen acceso al equipo necesario para desarrollar los objetivos de los programas académicos, ni tienen la formación y experiencia suficiente para llevarlos a cabo en esta modalidad, debemos entonces promover políticas institucionales y gubernamentales que brinden apoyo financiero y pedagógico a estos segmentos de nuestras poblaciones académicas.

Por otro lado, el confinamiento nos obliga a hacer una profunda valoración de los alcances y limitaciones que tienen los modelos mixtos y a distancia en el proceso formativo, para generar y consolidar los mecanismos que permitirán que la oferta que se brinde a partir de dichos modelos cuente con la más alta calidad y pertinencia.

Otro problema, tal vez no tan visible como los anteriores, pero de igual importancia, es el de fortalecer la cohesión de la comunidad académica ante el advenimiento de nuevas formas de convivencia que implican mayores cuidados y fuertes medidas de distancia, pero que no tienen que significar el aislamiento o la pérdida de identidad colectiva.

A raíz de que se decretó la pandemia a nivel mundial, existe un marcado énfasis en el cuidado de la salud física; pero también es fundamental promover la salud emocional y atender los padecimientos surgidos como resultado de este fenómeno.

Por ello, debemos mantener una comunicación abierta y continua con todos los miembros de nuestras comunidades, y poner a su disposición acciones de orientación, acompañamiento y ayuda psicológica; no sólo porque eso redundará en un mejor desempeño académico, sino también porque existe un profundo compromiso humanitario en la misión de todas las instituciones de educación superior y éste es el mejor momento para refrendarlo.

También el nuevo escenario ha traído amenazas importantes en la educación superior. Comienzan a aparecer iniciativas a nivel mundial que pretenden suplantar la oferta académica existente para responder a ciertas necesidades laborales y empresariales del momento.

No obstante, no representan alternativas sustentables y rigurosas para la formación de capital humano altamente especializado ni de investigación y desarrollo de vanguardia y sí un engaño para muchos jóvenes y sus familias.

Por otra parte, la autonomía de nuestras instituciones y la relevancia de nuestras tareas enfrentan un falso cuestionamiento, sobre todo desde el ámbito político. Hoy, más que nunca, debemos unir esfuerzos para defender la importancia estratégica de la educación superior, la investigación científica y el desarrollo tecnológico, como espacios desde los cuales se pueden construir mejores sociedades, más humanitarias y equitativas, pero también más prósperas.

Todos los actores de la educación superior estamos convencidos que estos tiempos requieren de un uso racional de los recursos y de mucha creatividad en su aplicación, pero también sabemos que nuestra participación es fundamental para salir de esta contingencia y, sobre todo, para contribuir a la construcción de nuevas rutas hacia el desarrollo social.

Regreso a donde empecé. Me siento muy honrado por el reconocimiento que la ANUIES otorga a mi trayectoria. Con muchos de mis colegas, aquí presentes, he colaborado en iniciativas que han buscado la mejora de la educación superior mexicana y el que ahora sean ellos quienes me brinden este aliciente es muy satisfactorio.

Agradezco entonces a todos los rectores que forman parte de esta Asociación, pero en particular a mis amigos Juan Eulogio Guerra y Enrique Graue, que han sido importantes aliados en mi trayectoria. También al maestro Jaime Valls Esponda por mantener estas iniciativas que son muy valiosas para quienes nos desempeñamos en este sistema y, finalmente, al doctor Luciano Concheiro, subsecretario de educación superior, por su confianza y apoyo en este tiempo en que hemos colaborado.

Estimados colegas y amigos:

En la vida de los individuos, sus entornos culturales, institucionales y también los aspectos personales forman parte de los resultados alcanzados. Mi trayectoria educativa y luego la profesional y académica, así como los posibles logros en los diversos encargos que se me han encomendado, forman parte de una historia en la que no son ajenos mis familiares, maestros, amigos y colaboradores.

En primer lugar mi familia, en especial mi madre que aún me acompaña y alienta igual que siempre; mis hijos, Ana Luisa, Enrique y Rodrigo que han sido un motivo permanente de motivación y Cesarina, auténtica compañera de vida. A ellos gracias por su afecto y apoyo decidido.

Sin mis maestros, mentores y colaboradores poco hubiera logrado. Aunque sería muy larga la lista, no puedo dejar de mencionar a Fernando del Río, Ian McLure, Charles Knobler y Robert L. Scott, así como a Jorge Martínez Contreras, Enrico Martínez Sáenz, Arturo Nava Jaimés y José Luis Stein Velasco. Entre mis colaboradores, destaco especialmente a dos que han sido piezas clave en mi andar profesional de los últimos casi diez años: Iris Santacruz Fabila y David Cuevas García. A todos ellos, mi profundo reconocimiento y amistad.

Los cambios políticos y sociales a lo largo de la historia de nuestro país, han tenido influencia decisiva en las características de la educación y, a su vez, la educación superior ha sido el centro de diversos procesos de reconstrucción nacional y parte fundamental de la configuración de la sociedad.

Este momento por el que el mundo entero atraviesa, no puede ser diferente. Sin duda el entorno marcará definitivamente el rumbo y las características de nuestras instituciones educativas, pero a su vez, éstas deberán demostrar a la sociedad su importancia y refrendar su legitimidad social, respondiendo a los reclamos que los tiempos nos imponen.

Como ha dicho Boaventura de Sousa Santos, “...el coronavirus exagera el impulso apocalíptico (el presente como el fin de los tiempos) que ha ido ganando terreno, ...”,¹ sólo la educación y la defensa del pensamiento científico que las universidades encabezan, permitirán a nuestras sociedades transitar este terrible desafío que enfrentamos.

Existen voces que dudan o de plano descalifican la labor que realizamos y la validez, incluso, del conocimiento científico y sus aplicaciones. Esta nociva vociferación, que algunos ubican dentro del fenómeno de la posverdad, no sólo es un discurso con fines electorales, sino una franca avanzada para replegar a nuestras instituciones al poder político en turno o, peor aún, para reducir a la mínima expresión nuestra labor.

¹ El Coronavirus y nuestra contemporaneidad.

La educación forja la identidad y es el elemento clave para la construcción de la ciudadanía, entendida como un proceso civilizatorio. Será la educación y sus instituciones, en particular las de nivel superior, el elemento clave para la superación de estos tiempos.

Refrendo, igual que siempre, mi compromiso por la educación superior pública, laica y gratuita.

Muchas gracias.